

barcos de vapor. El pudor y la decencia (que son hijos de la civilización y no de la inocencia primitiva, aunque otra cosa se figure la gente rutinaria) quedan mil veces más á salvo con el *divided skirt* que con los provocativos faralaes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos. Si á esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de *trote*, de *callejeo*, de *casa*, de *baile*, de *comida*, de *baño* y *playa*? ¿Pues por qué no ha de haber el de *viaje* y *trabajo*, y no ha de ser éste el *divided skirt*, con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?

Todo esto me parece muy obvio; existe contra el *divided skirt* el reparo que el personaje de Alarcón alega para sustituir los canjilones por el cuello á la valona: que "nadie comienza el uso". Dícese que un sastre ó modista ofreció premios en metálico á las primeras que se echasen á la calle con el pantaloncillo á la zuava. Increíble parece que de tanta mujer como anda por París deseando exhibirse, no haya tres que se concierten para hacerse en un día más famosas y nombradas que Edison y Eiffel. ¡Es que salir así pide más valor moral que entrar en el cuarto de un varioloso ó ponerse ante la boca de un cañón cargado para recibir

la bala! Yo creo que el sastre del *traje partido* es un genio que se adelanta á su siglo y á su era (1).

Me he extendido tanto, que ya no me queda sitio para tratar de los espectáculos propios de la Exposición. ¿Ven ustedes lo que tiene ponerse á charlar de modas?

## CARTA XVIII

## UN DIOCLECIANO

París, Agosto 9.

No se habla en París sino del Chá de Persia (pongo Chá ateniéndome á las instrucciones de la Academia Española, que considero acertadas, porque en castellano no se puede escribir *Shah* de ningún modo). El Chá, ó sea Nasaredino (porque tampoco habrá nadie que me obligue á estampar *Nasr' Ed' din* ó cosa parecida) trae mareada y vuelta tarumba á la gran ciudad, y no se piensa más que en verle, curiosar sus menores pasos y movimientos, contarle los brillantes del tesoro y ofrecerle festejos, comidas, funciones y entretenimientos de toda especie.

\* \* \*

Hay quien asegura que el entusiasmo de Pa-

(1). La bicicleta ha venido á popularizar y vulgarizar el *traje partido*.—(N. de la A.)

rís por Nasaredino obedece al inevitable y secreto instinto monárquico que siempre subsiste en las Repúblicas latinas. El Chá es un rey de veras, un rey con todos los perendengues — el fausto, el dominio, el carácter sagrado y la irresponsabilidad del monarca auténtico. — Nasaredino puede cortar cabezas; poblar su gineceo de vírgenes arrancadas al hogar de sus padres; ó de esposas arrebatadas á los brazos de sus esposos; recamar de pedrería los jaeces de su caballo y llevar detrás un esclavo portador de una garrafa de agua helada, para no tener que molestarse en pedir de beber en ningún café; á Nasaredino le llaman sus súbditos *Rey de reyes* y *Sombra de Dios*; y todo esto lo ve París, París el demoleedor de Bastillas, el revolucionario, el heraldo de la libertad y la igualdad, y en vez de exclamar, como pedía la lógica: "¡Si serán brutos los persas!" hace lo mismo que ellos y se postra ante Nasaredino.

El cual no es ningún prodigio de cultura, ni de sabiduría, ni de magnanimidad, ni de talento. Un hombre vulgar, grueso, no muy alto, con escasa majestad y sin esa continua y loable afectación de valor personal que hoy caracteriza á los soberanos. (Nasaredino se ha resistido á entrar en los ascensores de la Torre Eiffel). El soberano de Persia no tiene, pues, nada que justifique la febril curiosidad y la ardiente simpatía que París le demuestra.

Para cohonestarla, la prensa afirma que Nasaredino posee ciertas cualidades que harán memorable su reinado, y que desde su ascenso

al trono se propuso organizar el imperio del Iran con arreglo á los adelantos de la civilización europea. Él inauguró en persona el primer telégrafo eléctrico; él protegió la fundación de colegios y escuelas (con profesorado francés, se sobreentiende); él quiso tener á sus órdenes, en vez de hordas indisciplinadas, un ejército regular y montado á la moderna: él viajó por toda Europa, uniendo á mucho afán de divertirse, prurito propiamente infantil, alguna loable curiosidad por los progresos de la industria y del ingenio humano. Parece además que el monarca oriental es bastante sobrio. Arroz, guisos de carnero, agua azucarada, limonada, son los platos y bebidas que prefiere. Las larguísimas minutas de los banquetes que le ofrecen estos días, le cansan; los vinos no le tientan; le han preparado una cama muelle, de infinitos almohadones y colchones, pero él quiso tumbarse en el suelo, encima de varios tapices y mantas, al uso de su tierra. Gracias á los periódicos, estamos tan enterados de lo que hace el soberano persa, que no ignoramos que come de pie ó echado, y con los dedos; que á pesar de su frugalidad le sirven diariamente un cordero guarnecido de ocho pollos; que roe los huesos y los va echando en cubos; que á veces se entretiene mordiscando frutas y catando dulces; que le gusta el café, y que ensucia á cada comida varias servilletas (no lo extraño, ya que en vez de tenedor usa los diez mandamientos). Además nos han informado minuciosamente de los gustos artísticos de Nasaredino;

sabemos que compra todas las Torres Eiffel que ve (en miniatura, por supuesto), y que se para, embelesado lo propio que un chiquillo, delante de los juguetes de plomo. Y hasta se ha recogido un dicho suyo para uso especial de los españoles. Como le hablasen de España, es fama que Nasaredino frunció la nariz, y bajando la palma de la mano hasta casi tocar con la tierra, exclamó: "España, España.... ya sé: una nación que tiene un Chá así de pequeñito."

\*\*

Pues aunque Nasaredino, con todos estos pormenores familiares, aparezca aquí como un soberano sencillo, bonachón y amigo de instruirse, al modo del Emperador del Brasil, no hay que fiarse: en la historia de su reino existe una página sangrienta y sombría que semeja arrancada á los fastos de la Roma decadente, durante las persecuciones. Cinco años antes de que subiese al trono el joven Nasaredino, nació y se desarrolló en Persia una secta religiosa, llamada el *babismo*, fundada por un persa de Eschiraz, que tenía de nombre Mirza-Ali-Mahometo, y se decía descendiente de Mahoma. La nueva religión, en el terreno teológico, era una especie de reforma en sentido panteístico; en el terreno social, una creencia suave, caritativa, progresiva y humana, sobre todo, comparada á la que intentaba sustituir. Entre sus dogmas se contaban — y se cuentan, porque Persia está llena de babistas — la invio-

labilidad del domicilio y de la correspondencia, la cordialidad de las relaciones, el respeto á la mujer, los derechos de ésta ampliamente reconocidos, la clemencia en la educación, la proscripción de toda violencia, la compasión, la hospitalidad, la monogamia, el tráfico comercial, el trabajo honrado como ley de la vida, y multitud de ideas que, francamente, parecen muy buenas, sabias y útiles, y en el fondo son esencialmente cristianas.

Las doctrinas amables, luminosas y equitativas del babismo cundieron y se propagaron de tal suerte, que en breve el Chá tembló sobre su trono, viendo acercarse una revolución social que probablemente sería la ruina de su omnimodo y despótico poder y de la vieja y bárbara organización de sus Estados. Al punto inició contra el babismo persecución encarnizada y horrible. Se les acorraló como fieras; se les cercó en los puntos donde se habían hecho fuertes; se les pasó á cuchillo, y se abrió el vientre á las mujeres y á las criaturas menores de catorce años. Los sectarios desplegaron el heroísmo, la constancia, la fe de mártires. Al jefe Mirza Ali le pasearon por las calles desnudo, atado con una cuerda, para que el populacho le arrojase lodo, piedras y saliva; luego le colgaron de una pared altísima, y desde abajo le remataron á balazos, en compañía de un joven y fiel discípulo suspendido cerca de él y que confesaba en alta voz su creencia. Tanta ferocidad excitó y sacó de quicio á los babistas, á pesar de su mansedumbre, y hubo tres

que resolvieron asesinar á Nasaredino (1). El regicidio fracasó, y los tres conspiradores fueron torturados con refinamientos increíbles y salvajes. A una mujer, sacerdotisa de la nueva secta, la quemaron viva.

Por las calles de Teheran desfiló una lúgubre procesión: rodeados de verdugos iban innumerables niños y mujeres babistas, con las carnes de todo el cuerpo desgarradas, y en cada herida clavada una mecha ardiendo. A latigazos los hacían andar los sayones, y las víctimas, en vez de gemir, cantaban á coro su himno religioso: "De Dios venimos y á Dios volvemos". A cada instante caía un niño, muerto ya, libre, feliz. Las madres seguían, pisando el cuerpo de las criaturas. Hubo un padre sobre cuyo pecho degollaron á sus dos hijos varones. Luego las cabezas fueron clavadas en palos. Así zozobró anegado en sangre el babismo persa; mas en secreto, con el fuego y el ardor que engendran las persecuciones, la secta ha continuado haciendo prosélitos; se ha organizado clandestinamente; tiene ramificaciones ocultas y poderosas, y si la egoísta política de los Estados europeos no prefiriese el atraso y fatalismo mahometano á doctrinas civilizadas, benéficas y suaves, el Chá se vería á la hora menos pensada precipitado del solio, y el imperio persa sería babista en masa.

\* \* \*

(1) Asesinado por un babista, vino á morir años después.—(N. de la A).

París, al festejar al Diocleciano del Iran, obra conforme á sus intereses prácticos; los de la humanidad le importan bien poco. ¿Por qué razón la tolerancia religiosa, que se impone en todas partes, que se alega contra el catolicismo para proteger ritos impuros y creencias arrumbadas y estériles, no ha de ser un hecho en Persia, donde una idea más benéfica en sus resultados sociales que el mahometismo se ve obligada á ocultarse como un crimen, y como un crimen se persigue y se extirpa? Y luego hablarán mucho los franceses de nuestra Inquisición (que desde hace más de ciento cincuenta años era tan ilusoria como el coco con el cual se mete miedo á los niños) y seguirán pintándonos vestidos á lo Torquemada y asando en parrillas á todo bicho viviente. Las hecatombes de Persia no impiden que á Nasaredino le represente la prensa de París en figura de un *roi d'Ivetot*, bondadoso y paternal. Buenos son los adelantos materiales, telégrafos, caminos, colegios, fusiles perfeccionados; pero ¿no significa algo el adelanto moral, la mejora de las costumbres que, á falta de cristianismo, traería el babismo de Persia? ¿Y puede ser *hombre civilizado*, en el recto sentido de la palabra, quien ordena tales suplicios, y no escucha entre las sombras de la noche, con el terror del remordimiento, el gemido de los niños abrasados y destrozados, el último suspiro del mancebo degollado sobre los pechos de su mismo padre?

\* \* \*

Para el Chá son hoy las sonrisas de las damas parisienses; para él encargan artísticos trajes á los modistos de fama, y para él se desdotan las presidentas y ministras. Nasaredino ha pasado, sin embargo, de la edad en que la mujer fascina y subyuga; sus biografías le atribuyen bastante más de sesenta años. Como quiera que sea, siempre cosquillea y estimula el amor propio de una burguesa de París, eso de apoyarse en el brazo del hombre que ocupa el trono donde se arrellanaron Ciro, Cambises, Darío Codomano, Jerges, Artagerges, Alejandro el Grande, Cosroes, Gengis Kan y otros soberanos tremendos, cuyo nombre parece el grandioso rugido de la historia heroica; del hombre que ha sucedido á las célebres dinastías del *Carnero negro* y el *Carnero blanco*, á los Sofies y á los Califas.

Este hombre viaja con varios cofres llenos de perlas, esmeraldas, rubíes, diamantes y collares de oro, lo mismo que un sultán de las *Mil y una noches*; compra en la Exposición, en la primera joyería donde entra, una piedra que vale siete mil duros; acuña moneda especial para dar sus propinas, como si se desdenase de usar la que sirve á sus vasallos para las transacciones habituales; lleva consigo su caballo favorito, animal sacrosanto que debe de tener más servidores que un magnate de por acá; y finalmente (sólo Dios sabe lo que habrán trabajado las imaginaciones de la gente novelera sobre este tema tan socorrido) va en compañía de un gentil pajecillo, que, añaden,

no es sino una hermosísima circasiana. Esto basta y sobra para que el Chá sea el *león* ó el *dandy* del momento, el personaje de moda, el que tiene pendientes de sus idas y venidas á los papamoscas y ociosos que en ninguna parte faltan. Y por donde quiera que pasa el Chá, estallan los vivas y las manifestaciones de entusiasmo.

En parte, se explica tan brillante acogida al soberano de Persia. Víctor Hugo ha dicho:

«Il faut au sultan des sultanes,  
il faut des perles au poignard.»

Parodiando la estrofa de las *Orientales*, puede decirse que la Exposición de París necesita esa cosa eminentemente decorativa y espléndida: los reyes. Así se pone el Gobierno de contento y obsequioso cuando asoma por París el más olvidado, el más insignificante de los que ciñen corona, ya sea de oro, ya de pintarrajeadas plumas. Los príncipes anamitas; el negrazo Diná Salifú; Jorge de Grecia; ahora el Chá, constituyen el mejor adorno de las fiestas, y el país republicano no sosiega anhelando el instante de que asome por allí alguna nueva testa coronada.

\* \* \*

He visto al Chá un momento, cuando entraba en la Exposición por la puerta Rapp. El suele ir sin anunciarse; la casualidad me llevó allí, y

la suerte hizo que no se aglomerase demasiada gente; que si llega á aglomerarse, cedo el sitio, porque á nada le tengo tanto horror como á las apreturas.

El Chá me pareció viejo, grueso, basto, muy encorvado, de aguileña nariz y autoritarios ojos; para mayor desilusión, llevaba gafas azules, levantadas sobre la frente, lo mismo que un escribano de comedia. Me acordé de la bella circasiana, aquella que ha venido á París en compañía de su señor, para no ver nada, para no poder ni dar cuenta de cómo es la Torre Eiffel; para permanecer encerrada, reclusa, guardada por dos eunucos negros, que regularmente tendrán orden de cortarla el pescuezo si asoma la babucha fuera del umbral de su cuarto..... Y pensaba para mis adentros que no me extrañaría leer en algún periódico la noticia de que la favorita del Chá había aparecido una mañana estrangulada con un cordón de seda, pendiente de los hierros de la ventana de su horrible prisión..... y si no hay hierros, de la falleba.

¡Ah! se ha concluído definitivamente el romanticismo; la poesía está muerta, muerta para no resucitar nunca, cuando en todo París no hay un mancebo soñador y valeroso, que, renovando las proezas de lord Byron, arranque á esa beldad de su duro cautiverio y se la lleve á respirar el aire de la libertad y de la dicha.

¡Qué horas tan largas y tristes pasará la emparedada, oyendo en torno suyo el ruido de París, semejante al de un mar inmenso; sintien-

do que hincha sus venas la savia de la juventud, y que no le es lícito ni tomar el sol ni corretear por el campo! Con cuánta amargura pensará lo que expresó el poeta de las *Orientales*.

«Si j'étais la feuille que roule  
l'aile tournoyante du vent,  
qui flotte sur l'eau que s'écoule  
et qu'on suit de l'œil en rêvant,  
plus loin que le fleuve qui gronde,  
plus loin que les vastes forêts,  
plus loin que la gorge profonde  
je fuirais, je courrais, j'irais!»

¿Y si esta tierna cautiva está enamorada de su dueño? (Muy mal gusto probaría, pero en fin, cosas más raras se han visto.) ¿Si tiene celos de esos banquetes á que no puede seguirle; de esas fiestas en que no sería admitida; de esas mujeres á quienes el Chá ofrece el brazo; de esas sonrisas ensayadas ante el espejo para brindar-selas?

Todo lo que voy diciendo, arguye que lo más interesante del Chá es su infeliz prisionera, su invisible favorita. Ella vive oculta como el lirio entre el follaje, ella no se deja ver por ahí, pero todos andamos preocupados con su suerte y rabiando porque se aparezca.....

En cambio el Chá, maldito el interés que me infunde. Si no fuera por las atrocidades cometidas en la persona de los babistas, le miraría con indulgencia! Pero al fin, Nasaredino es un tirano; y el tirano, cuando ejerce su tiranía so-

bre ese flúido divino que llamamos la idea, y persigue al alma por medio de las torturas del cuerpo, es odioso, aborrecible. Oigo gritar por ahí "¡viva el Chá!" y me acuerdo de aquellas oscuras víctimas, de aquellos infelices, reos de haber querido proporcionar al Asia un estado mejor, más dulce, más humano..... y necesito apelar á mi razón para no dar algún indicio de desagrado, que asombraría á esta gente, prendada del que un chusco español llama con sandunga "el barbián de la Persia."

\*  
\*\*

Escrita y redondeada esta carta llega á mi noticia que la bella y cautiva circasiana no es sino un muchacho.....

Retiro toda la poesía, la de Víctor Hugo y la mía también, y acabo diciendo con Ovidio al final de su *Arte amatorio*: "Ya es tiempo de descender del carro que en su cuello llevaron los cisnes."

CARTA XIX

AL PIE DE LA ESTATUA DE ZUINGLIO

*Zurich, Septiembre 10.*

ALLÁ se queden la vida afanosa y el mareante bullicio parisiense; me voy hacia el Norte, en alas de ese *hipógrifo violento* llamado ferrocarril.

Los periódicos hablaron tanto estos días de la dificultad de atravesar sin pasaporte las fronteras de Alemania, que me consideré en el deber de sacar uno en toda regla, expedido por la Embajada española, y visado por la germánica: interesante documento que me costó unos cuantos francos y me valió el gusto de saludar al Sr. León y Castillo. Con mi papelito en el saco de mano, esperaba impaciente el paso de la frontera para ver renovarse una escena de otros tiempos y otras épocas, no de ésta en que todo el mundo va á todas partes sin que nadie le pregunte por qué, á qué, ni para qué. Y con gran sentimiento mío, pues no era cosa de no lucir el pasaporte ya que lo tenía allí tan preparado, salí de Francia y entré en los dominios de *Wilhelm* como Pedro por su casa, libre de exigentes carabineros, de polizontes y demás enemigos de la libertad viatoria.

\*  
\*\*

A las ocho de la mañana, sobre poco más ó menos, me bajé en Zurich, y el aspecto de la ciudad me produjo una impresión inexplicable de paz y reposo. Poca gente en las calles; escaso ruido, como no fuese el del trabajo en los edificios que se construían; las casas modestas, pero sin que ninguna revelase miseria ó solamente estrechez en sus moradores; de mendigos, ni rastro; limpieza y tranquilidad por todas partes, y en suma la agradable apariencia de una ciudad racional y pacífica, sin fiebre ni

tráfago, aunque con la actividad que reclama la labor persistente—un rincón de Europa ni envidiado ni envidioso, como el sabio de los versos inmortales.

En el hotel donde me instalé sobraban comodidades, holgura y atención: desde el primer instante el portero, con inteligente solicitud, me indicó los puntos que debía visitar, el modo de visitarlos más barata y cómodamente, las horas de salida de los trenes, todo cuanto puede convenir á un *turista* deseoso de ganar tiempo y de no dejarse sin ver nada que merezca la pena. Hasta me entregó una guía que el hotel regala á los viandantes, y me explicó que había concierto por la noche, y que si lo deseaba él me proporcionaría entrada para asistir.

Es sensación grata y reconfortante la de verse así atendido en calidad de extranjero y transeunte, viniendo de París donde por los mismos conceptos ha sido uno moralmente tratado á empellones, por culpa de la premura del tiempo y la afluencia de forasteros, cada día mayor. Y después de tanto luchar para conseguir la menor cosa en cafés y hosterías, gusta sentarse con calma ante aseada y blanquísima mesa, para saborear el desayuno mejor presentado y la más rubia, aromática y pura miel del mundo.

Después del desayuno, me di la indispensable vuelta por Zurich, y hasta subí en ferrocarril funicular á la cumbre del Uetliberg, desde donde se goza admirable vista, anticipada du-

rante todo el trayecto por las bellezas de un paisaje que recuerda el de la *Penha de Cintra* en Portugal. En la cima de la montaña, una cervecería ofrece frugal pero apetitosa colación, con la bebida nacional germánica y el mantecoso queso de Gruyère, que nadie puede preciarse de conocer debidamente si no lo probó en Suiza, donde su gusto es distinto del que adquiere en países más secos y templados. El Uetliberg estaba también lleno de ingleses, porque Inglaterra puebla y enriquece todos los hoteles del globo. Por lo regular, la gente de las demás naciones no concibe que en un hotel se pueda estar más que de paso: llegar, ver el país, y vuelta á cerrar el baul. Los ingleses lo entienden de otro modo: sea porque en su patria les sale más caro vivir que en un hotel cualquiera del continente, sea porque aun siendo muy patriotas, no les acucia la nostalgia. En la cúspide del Uetliberg—como en todas las cúspides ventiladas, pintorescas y verdes de Suiza—hay establecido un hotel desahogado, limpio, excelente, donde bastantes ingleses se pasan el verano ó el otoño, bebiendo aire oxigenado y libre, contemplando extasiados las vaporosas lontananzas azulinas del valle, las nevadas crestas, y el curso del Limat, que acaricia á la fabril y bonita Zurich.

\* \* \*

Al pie de la estatua de Zuinglio, desde donde podría verse el lago, me senté á gozar el fres-

co de la noche y la sedación que á mis nervios proporcionaba aquel sosiego incomparable. El simulacro de piedra, que destacaba sus vagos contornos sobre el follaje de un jardinete de arbustos, me recordaba las palabras del reformador, tan en armonía con el modo de ser de la ciudad que su estatua domina: "La libertad no consiste en poder satisfacer sin obstáculos todos nuestros antojos y pasiones, que esto fuera peor tiranía que el despotismo de uno solo ó de varios: la libertad existe donde quiera que dejamos libre curso á la verdad y á la justicia, y donde reina completa igualdad de deberes y derechos."

\* \* \*

En lo que cabe, dentro de lo humano, parecíame que Suiza realizaba este concepto ideal de la libertad civil. Respetuosa en acatar la ley; morigerada en sus costumbres y en sus aspiraciones; ajena al fausto, al desbarajuste administrativo y al alarde bélico, ruina de muchas naciones europeas; consagrada silenciosamente á tejer algodón y fabricar sedas y paños, á albergar á los viajeros sin robar ni asesinar á ninguno—ni aun cuando se pierden en los desfiladeros con carteras repletas de oro y billetes;—dedicando al presupuesto de Instrucción pública lo que ahorra en el de Guerra y lo que físicamente le sería imposible gastar en el de Marina; conservando la salud pública con la pureza y sencillez de costumbres, el bien-

estar con la benignidad de los tributos, y el equilibrio del Erario con la moderación en los gastos y la noción de que la política no es *carrera*, Suiza puede presentarse como modelo de Estados venturosos. Contenta con su suerte, goza una felicidad parecida á la de la familia que ni derrocha, ni presume, pero que disfruta la dorada medianía y la discreta penumbra de una decente posición. En su cielo político no hay nubes de tormenta: sus instituciones, pero más todavía su carácter, son garantía segura del orden interior y de la independencia exterior. Por los escaparates de las tiendas suizas no se ve una lámina provocativa, uno de esos periodiquillos lupanarios que en Francia inundan los kioscos: las mujeres son feas, robustas y fecundas; á las diez de la noche no se encuentra alma viviente por las calles: el arte cede el paso á la naturaleza, los monumentos son pobres y espléndidas las montañas: y así, habiendo proscrito á los perturbadores Apolo y Venus, dejando cesante á Marte y sacrificando razonablemente á Mercurio; sin entusiasmos artísticos ni calenturas de la imaginación, sin fanfarronerías nacionales ni refinamientos impropios de montañeses que anidan entre la nieve vigorizadora, Suiza es la tierra á la cual puede aplicarse el manoseado dicho: "¡Felices los pueblos cuya historia hace dormir!"

\* \* \*

Esta ciudad de Zurich, tan línfática, tan re-

frigerante, tan serena al borde de su hermoso lago, fue hace menos de un siglo envuelta por el incendio, arrasada por la artillería, atropellada por la caballería: en sus calles libraron combate mortífero Masena y Korsakof, los franceses y los rusos, hoy inseparables aliados. La *historia*, para los pueblos, suele traducirse así: carnicería, sangre, llamas, gemidos, saqueo, cadáveres. Había por entonces en Zurich un pastor protestante, místico y aun con sus puntas y ribetes de iluminado, predicador infatigable, hombre inofensivo, dulcemente fanático, lleno de persuasión y de bondad, apóstol é inventor de una teoría según la cual el alma y la condición moral del sér humano se reflejan exactamente en su fisonomía, y sobre todo en la parte saliente situada entre la frente y los labios, y que es órgano de la previsión y la sagacidad, ó sea en la nariz. Este hombre, célebre en toda Europa, y que casi me parece ocioso añadir que se llamaba Juan Gaspar Lavater, salió de su casa, con la distracción y el valor descuidado propio de los soñadores, en ocasión que las calles de Zurich estaban llenas de furiosas tropas francesas; y sin cuidarse del peligro que corría, intentando contener á la soldadesca desenfrenada, recibió mortal balazo en el vientre. Me acordaba de este episodio al pie de la estatua de Zuinglio, porque, de niña, los *Fragmentos fisiognómicos* de Lavater, con curiosas láminas iluminadas, me divertían muchísimo, y andaba yo bien lejos de imaginarme al autor en figura de teósofo y de cura hereje.

Recuerdo que creía que aquella obrita extraña había sido hecha para exclusivo recreo de la chiquillería—como los cuentos del canónigo Schmidt.

\* \* \*

Zurich ha olvidado esta página sangrienta: Zurich reposa, lo mismo que si nunca hubiese de volver á padecer aquellas tribulaciones, ni hubiese más guerras posibles en el mundo. Descansa y goza de la paz que debe á los hados,

«libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanza, de recelo.»

Para el viajero ensordecido aún por el estrépito atronador de la Exposición, es muy simpático este ambiente, unas horas nada más.... A la larga ¿qué sé yo si tanta ecuanimidad acabaría por aburrirme? El espíritu necesita su oleaje, su mar viva y rugiente, y aquí no hay sino lagos, lagos que riza de tiempo en tiempo una brisa fresca.